

**HOMILÍA POR LA FESTIVIDAD
DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE
S.E. MONS. CHRISTOPHE PIERRE, NUNCIO APOSTÓLICO
CATHEDRAL OF ST. JOSEPH, COLUMBUS, OHIO
12 DE DICIEMBRE 2020**

Como Nuncio Apostólico y representante del Santo Padre en los Estados Unidos de América, quiero expresar el cordial saludo, la cercanía espiritual y el afecto paternal del Papa Francisco a todos los que están aquí. En modo especial, quiero agradecer a Monseñor Brennan, Obispo de Columbus. Con mucho gusto y afecto, saludo a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y a todos y a cada uno de los fieles.

Hoy celebramos la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe. Acabamos de escuchar el anuncio más importante de nuestra historia: la anunciación a María (cf. *Lucas 1, 26-38*). Un texto de espesor, lleno de vida, y que me gusta leer a la luz de otro anuncio: el del nacimiento de Juan Bautista (cf. *Lucas 1, 5-20*).

Dos anuncios que se suceden y que están unidos; dos anuncios que, comparados, nos muestran lo que Dios nos da en su Hijo. La Anunciación de Juan Bautista sucede cuando el sacerdote Zacarías, listo para comenzar la acción litúrgica, entra en el Santuario del templo, mientras toda la asamblea está esperando afuera. La Anunciación de Jesús, sin embargo, se produce en un lugar remoto en Galilea, en una ciudad periférica y con una reputación no muy buena (cf. *Juan 1, 46*), en el anonimato de la casa de una joven llamada María.

Un contraste no insignificante, que nos indica que el nuevo templo de Dios, el nuevo encuentro de Dios con su Pueblo se llevará a cabo en lugares que normalmente no esperamos, en las periferias, en las afueras. Sin duda este fue el caso de San Juan Diego. María escuchó los gritos de los pueblos y un continente. Así como visitó a Isabel, María se apareció a San Juan Diego en el Tepeyac. Era una nueva Anunciación y Visitación. Se presentó como “la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios.”

Corrió presurosa a abrazar también a los nuevos pueblos americanos. Como dijo Su Santidad en la festividad de la Virgen de Guadalupe hace seis años:

«El Hijo de María Santísima, Inmaculada encinta, se revela así desde los orígenes de la historia de los nuevos pueblos como ‘el verdaderísimo Dios por quien se vive’, buena nueva de la dignidad filial de todos sus habitantes. Ya nadie más es solamente siervo sino todos somos hijos de un mismo Padre hermanos entre nosotros, y siervos en el siervo. »
(cf. Homilía del Santo Padre, 12 de diciembre de 2014)

Repito: *Todos somos hijos de un mismo Padre*. Nuestra verdadera madre es la Virgen de Guadalupe. Somos hermanos. Dios mismo es el que toma la iniciativa y elige introducirse, como hizo con María, en nuestros hogares, en nuestras luchas diarias, llenas de ansias y al mismo tiempo de deseos. Y es precisamente dentro de nuestras ciudades, de nuestras escuelas y universidades, de las plazas y los hospitales que se escucha el anuncio más bello que podemos oír: «¡Alégrate, el Señor está contigo!».

¿Cómo es posible? En medio de tantas dudas y dificultades, especialmente este año, la alegría existe porque Dios existe y está con nosotros. En estos momentos de amenazas, debemos escuchar a quien nos escucha – María: « ¿por qué tienes miedo, acaso no estoy yo aquí que soy tu Madre? »

De nuevo, el Papa afirma:

«La Santa Madre de Dios visitó a estos pueblos y quiso quedarse con ellos. Dejó estampada misteriosamente su imagen en la “tilma” de su mensajero para que la tuviéramos bien presente, convirtiéndose en símbolo de la alianza de María con estas gentes, a quienes confiere alma y ternura.» (cf. Homilía del Santo Padre, 12 de diciembre de 2014)

Sí. María esta siempre con nosotros. Y Nuestra Madre nos lleva al Hijo. En Él tenemos esperanza. *Y la esperanza no desilusiona* (Rom 5,5). Queremos hacer de esa esperanza algo que mueva nuestra existencia, como un remedio para el virus. Como dice el Papa:

«Por tanto, la respuesta a la pandemia es doble. Por un lado, es indispensable encontrar la cura para un virus pequeño pero terrible, que pone de rodillas a todo el mundo. Por el otro, tenemos que curar un gran virus, el de la injusticia social, de la desigualdad de oportunidades, de la marginación y de la falta de protección de los más débiles.» (Audiencia General, 19 de agosto de 2020)

Por lo tanto, el remedio es el amor. El Papa Francisco decía que todos los discípulos del Señor tenemos como propia la misma vocación que Santa Teresita del Niño Jesús logró identificar como suya. *“En el corazón de la Iglesia –escribió ella-, yo seré el amor”*. Por eso estamos aquí: como hermanos, como hijos en el Hijo, para recibir la ternura de María y para aprender de Ella a ser portadores de amor y de alegría.

Como ayer, Dios sigue buscando aliados, sigue buscando hombres y mujeres capaces de crear, capaces de hacer memoria, de sentirse parte de su pueblo para cooperar con la creatividad del Espíritu.

Que Santa María de Guadalupe, Madre del verdadero Dios y Madre nuestra, interceda siempre por todos y cada uno de nosotros, por todos los amantes de la paz y de la fraternidad.